

CAPÍTULO LXVIII

Cómo los fieles ganaron á Almería.

Entre tanto que estas cosas pasaban en Portugal, los navarros y aragoneses traian guerras entre sí. D. Alonso el Emperador tenía en su mano la guerra y la paz: el que de los dos reyes fuese el primero á ganar su amistad, se prometia seguramente la victoria de su contrario: así á porfia los unos y los otros la pretendian. El primero, D. Ramon, conde de Barcelona, encargado que se vió del nuevo reino de Aragon, y por el mismo caso envuelto en graves dificultades, con intento de granjearle la voluntad y atraelle á su parecer, fué á Carrion, villá de Castilla, como queda dicho. La ida no fué en vano, porque alcanzó que Zaragoza, Tarazona, Calatayud y los demas pueblos de la corona de Aragon, que están desta parte de Ebro, y á la sazón tenían guarnicion de castellanos, se le entregasen como á feudatario de los reyes de Castilla. De D. García, rey de Navarra, dado que con ordinarias entradas que hacia, molestaba los aragoneses por toda la comarca que hay desde Tudela á Zaragoza, por entónces no se hizo mencion alguna; pero dos años adelante, que fué el de mil ciento cuarenta, D. Ramon, movido por aquellos desaguisados, y confiado en la amistad de D. Alonso, vino segunda vez á verse con él en el mismo lugar de Carrion, donde entre aragoneses y

castellanos se hizo liga contra el de Navarra, y se concertó que los pueblos de la corona de Aragon que tenían usurpados los navarros, volviesen á los aragoneses: asimismo que los que del señorío de Castilla poseian desta parte del Ebro, luégo que fuesen ganados del comun enemigo, se restituyesen fielmente á Castilla. Tocante al reino mismo de Navarra, acordaron que la tercera parte quedase por el emperador, las otras dos partes se adjudicaron á D. Ramon, con nombre otrosí por ellas de feudatario de Castilla: repartian los despojos ántes de matar la caza.

Despedidas estas visitas, como si hobieran tocado al arma, acudieron por ambas partes á la guerra. Á D. Ramon entretenian otros cuidados: así, D. Alonso el Emperador fué el primero que ido á Búrgos, con un grueso ejército que levantó y juntó de todas partes, pasados los montes Doña, rompió por tierras de navarros. El ruido y el espanto fué mayor que el efecto que se hizo: con embajadas que de una y de otra parte se enviaron, y por medio de los prelados que acompañaban á los reyes, finalmente se hicieron paces entre aquellas dos naciones. Para concluir, acordaron que los dos príncipes se hablasen: las vistas fueron á la ribera de Ebro, entre Calahorra y Alfaro. Hallóse



presente en esta junta doña Berenguela, mujer del emperador: allí no sólo se concertaron las paces, sino tambien para mayor firmeza acordaron que D. Sancho, hijo mayor del emperador, casase con doña Blanca, hija del navarro. La infanta, bien que de muy poca edad, para que estuviese como en rehenes, fué desde luégo entregada á su suegro. Hízose esta confederacion á veinticuatro del mes de Octubre del año susodicho.

Destá mudanza tan repentina del emperador D. Alonso no hallo bastante causa, ni que satisfaga del todo, si bien entiendo que no fué inconstancia ni liviandad, porque ¿qué príncipe hobo en aquel tiempo ni más grave, ni más santo? Á la verdad era muy fuera de propósito que los aragoneses, ocupados en otros negocios, y que poco le podian ayudar, se llevasen el fruto del peligro ajeno y de su trabajo: así determinó en particular mirar por lo que le estaba bien, ca gravísimos cuidados dentro y fuera de su estado apartaban á D. Ramon y le impedian de la guerra de Navarra. Primeramente tenía mucho en que entender con los moros de su distrito, de quien en esta sazón los capitanes y fronteros de Aragon ganaron, á las riberas del rio Cinga, los pueblos de Calamera y Alcolea. Demas desto los caballeros Jerosolimitanos, por el testamento de D. Alonso, rey de Aragon, que fué muerto los años pasados, todavía pretendian tener derecho al reino, y era razon contentallos en alguna manera y dar algun corte en esto, mayormente que Raimundo, maestre de la caballería de San Juan, era venido por este respeto á España. Por cuya diligencia, despues de largos debates sobre el caso, últimamente se asentó que los caballeros Jerosolimitanos en Zaragoza, Calatayud, Huesca, Barbastro y Daroca, con todos los demas pueblos que se ganasen de moros, tuviesen de cada una de las tres naciones cristianos, moros y judíos un vecino por vasallo, que les acudiesen con sus tributos y á su llamado y debajo de su conducta, cuando se hiciese guerra, con sus personas y armas. Fuera desto en todo el reino les señalaron otras rentas y heredamientos muy grandes con que sustentasen la vida y los gastos de la guerra, si bien fuesen muy

grandes. En Jaca y en otros lugares les dieron sitios para hacer sus conventos. Púsose otra condicion muy principal, que si D. Ramon muriese sin hijos, el reino volviese á los caballeros.

En estas prácticas y en asentar estos conciertos, pasaron algunos años. El asiento Guillermo, patriarca de Jerusalem, y los demas caballeros de San Juan interesados, aprobaron en Jerusalem á veintinueve de Agosto del año mil ciento cuarenta y uno, y de todo otorgaron escritura pública. Vino tambien en ello y dió su consentimiento Fulcon, rey de Jerusalem; y últimamente aprobó todo esto el papa Adriano IV, que algunos años adelante comenzó á gobernar la Iglesia de Roma. En estaavenencia comprendieron eso mismo las otras dos órdenes militares, y en particular los templarios, á los cuales D. Ramon tenía más devocion, por causa que su padre D. Ramon Berenguel tomó el hábito de aquella religion y la profesó los años pasados. Por esto fueron aventajados á los demas; ca les consiguió á Monzon y otro gran número de pueblos y castillos, la décima parte de las rentas reales, y la quinta de todo lo que se ganase en la guerra de los moros. Finalmente, todos los caballeros quedaron exentos de tributos y de la jurisdiccion real, en particular se concertó y juró por expresas palabras que sin su consentimiento no se harian en tiempo alguno paces con los moros. Estos conciertos se hicieron en Girona, presente el cardenal Guidon, legado del pontífice romano, que interpuso su autoridad en ello, y fué á veintisiete de Noviembre, año mil ciento cuarenta y tres.

Siguióse una nueva guerra en Francia contra los Baucios, linaje en aquel tiempo muy poderoso en riquezas y aliados. La causa fué que Raimundo Baucio estaba casado con doña Estefanía, hija de Gilberto, conde que fué de Aymillan y de la Proenza, hermana de doña Dulce, madre de D. Ramon y de D. Berenguel, como arriba se ha mostrado. Éste, pues, por el derecho de su mujer, pretendia apoderarse de una parte de la Proenza, si no pudiese por bien y por vía jurídica, á lo ménos por las armas. No le faltaban entre aquella gente aficionados, por la aversion que tenían á D. Berenguel como



á príncipe extranjero; además que la gente popular, como suele, pensaba que las cosas nuevas serian mejores que las presentes. Esta guerra se comenzó en tiempo del susodicho D. Berenguel, y por su muerte se encendió más contra su hijo, que se llamó D. Ramon Berenguel. La edad deste príncipe era poca; las fuerzas no bien aseguradas, en tanto grado, que D. Ramon, conde de Barcelona, se determinó, pospuesto todo lo al, tomar el amparo de aquel mozo su sobrino; y áun á lo que yo creo, para tener mayor autoridad se llamó marqués de la Proenza. La guerra se comenzó, que fué brava: con ella los contrarios se vieron apretados, de manera que Raimundo Baucio, despojado de casi todo su estado paterno, de su voluntad vino á Barcelona para entregar á sí y á sus cosas á la voluntad y merced de aquel príncipe. Hiciéronse las paces entre estas dos casas con buenas condiciones; con que Bonifacio fué restituído en todo lo que le quitaron en el discurso de la guerra. Demas desto le dieron á Trencatayo, que es un pueblo principal en aquella comarca, á tal que fuese por él feudatario de los condes de la Proenza.

Estas fueron las dificultades y negocios que tenían embarazado á D. Ramon, con que don García, rey de Navarra, tuvo comodidad y espacio de reforzarse, y en particular con intento de granjear al emperador D. Alonso, que tenía el mando de todo y mayor poder que los demas; por ser muerta doña Mergerina, su primera mujer, casó el navarro con doña Urraca, hija bastarda del emperador. El año mil y ciento y cuarenta y cuatro, á veinticuatro de Junio, se celebraron las bodas con real magnificencia en la ciudad de Leon. Hobo justas y torneos; corrieronse toros. Entre los otros juegos que hicieron, era uno de mucho gusto: en un lugar cerrado soltaban un puerco; seguíanle por el gruñido dos ciegos armados con sendos bastones y sus celadas en las cabezas; el que le mataba era suyo. Avenia que por herirle muchas veces el golpe del un ciego por yerro descargaba sobre el otro, con grande risa de los que se hallaban presentes. La madre de doña Urraca se llamó Gontroda, mujer muy noble en las Astúrias, cuyo sepulcro, con su letrado, está

en Oviedo en un monasterio de monjas llamado de Vegua, que ella edificó á sus expensas, y en que pasó lo más de la vida; del rey don García y de doña Urraca fué hija doña Sancha, que casó dos veces, la primera con Gaston, vizconde de Bearn; la segunda, muerto éste sin hijos, casó con D. Pedro, conde de Molina; deste matrimonio nació Aymerico, que el tiempo adelante fué señor de Narbona.

En esta sazón, África andaba alborotada con guerras civiles. En España asimismo se levantaron entre los moros grandes alteraciones por estar divididos en tres parcialidades. Zefadola, señor de Rodata, pueblo asentado á la boca del rio Guadalquivir, sin embargo que era de la antigua sangre de los reyes moros, favorecia á los cristianos por sus respetos, que debajo de su conducta hicieron entrada hasta dar vista á Sevilla. Azuel, gobernador de Córdoba, y Abengamia, gobernador de Valencia, tenían entre sí diferencias, pero Abengamia era más poderoso en fuerzas, y no paró hasta echar de Córdoba á su contrario. Entre los cristianos parece habia más sosiego; sólo D. Ramon y el rey D. García no tenían del todo compuestas sus diferencias. Tocaban ambos al emperador D. Alonso en estrecho parentesco, demas de la alianza que con ellos tenía puesta. Porque no se pasase tan buena ocasion de hacer la guerra á los moros, que estaban muy apoderados de la Andalucía, los convidó y rogó por sus letras y embajadores para que se viesen con él en Santistéban de Gormaz. Hiciéronse estas vistas el año mil y ciento y cuarenta y seis por el mes de Noviembre; en ellas, si bien no se pudieron concertar paces perpétuas, negocióse que entre las dos naciones aragoneses y navarros se hiciesen treguas; añadieron que por cuanto el emperador D. Alonso pretendia hacer guerra á los moros, y para este efecto tenía apercebido un ejército muy escogido, D. García por tierra y D. Ramon por mar, con una gruesa armada suya de ginoveses ayudasen sus intentos.

Á la primavera del año siguiente, los tres reyes hicieron guerra en el Andalucía; saquearon y quemaron los pueblos, talaron los campos, pasaron hasta Córdoba, ciudad muy prin-



cipal y muy grande, á la ribera del Guadalquivir, asentada en un llano, poderosa en armas y riquezas; demas desto, muy señalada por haber tenido no mucho tiempo ántes el imperio de casi toda España cuanto se extendia el señorío de los moros. Los campos son muy fértiles en todo género de esquilmos, cuanto los mejores de España. Tenia el gobierno desta ciudad Abengamia en nombre del rey de Marruecos. Éste, espantado de tan grande aparato de guerra, entregó luégo la ciudad, ofreciéndose á obedecer y ayudar á los cristianos con mantenimientos y dinero. Raimundo, arzobispo de Toledo, por mandado del rey, consagró con las ceremonias acostumbradas la mezquita mayor, que era la más rica y vistosa de España, resolucion apresurada y ántes de tiempo, pues se partieron sin dejar en la ciudad alguna guarnicion de soldados. Recelábanse que si dividian el ejército se disminuirían las fuerzas y no les quedarian gentes bastantes para guerra tan grande como pretendian hacer; ni la ciudad por su grandeza se podia guarnecer sin mucha gente, ni era tanta la que tenían que se pudiese acudir á todo, mayormente que la gente de la tierra se apellidaba para hacelles rostro. Acordaron, pues, de dejar aquella ciudad sin guarda; sólo hicieron que Abengamia, tocado el Alcoran, que es la ceremonia más grave que los moros usan en sus juras, hiciese homenaje que tendria aquella ciudad por el emperador y en su nombre la gobernaria con toda lealtad; el miedo no es maestro duradero de virtud, ni es acertado hacer desconfianza de los desleales á Dios. Apénas los nuestros se partieron de aquella ciudad, cuando el gobernador moro faltó en la fe y palabra.

Pasó el campo de los cristianos á Baeza, donde tenían los moros juntadas las fuerzas de toda la tierra con determinacion de venir á batalla: el peligro era grande, aquejaba el cuidado y recelo al emperador D. Alonso. Aparecióle San Isidoro entre sueños con muestra de majestad más que humana (así se tuvo por cierto), y le animó y quitó la duda y el miedo. El suceso dió á entender que la revelacion no fué vana. El dia siguiente con el sol se trabó la pelea, en que los moros fueron destrozados

y puestos en huida: la ciudad se rindió, y en ella mudado parecer dejaron guarnicion de soldados, porque á ejemplo de los de Córdoba no se rebelasen, además que no convenia dejar á las espaldas algun pueblo enemigo. En la toma y cerco desta ciudad, se señaló entre todos el esfuerzo y diligencia de Rodrigo de Azagra, señor que era de Estella de Navarra. Pedro Rodriguez de Azagra fué hijo; y entre los de aquel linaje de Azagras el primer señor de la ciudad de Albarracin.

En aquella sazón Almería era tenuta por ciudad muy fuerte. Está asentada á la ribera del mar Mediterráneo á los confines del Andalucía y del reino de Murcia: llamóse antiguamente Abdera ó Puerto Grande. Della se derramaban muchas fustas á robar. Esta ciudad pretendieron ganar los nuestros, y con este intento se adelantaron con todas sus gentes en el mismo tiempo que los de Génova y los de Barcelona, conforme al órden que llevaban que costearan aquellas riberas poco á poco con su armada, doblado el cabo de Gatas, dieron vista á la ciudad. Asentados los reales, combatieron los muros por mar y por tierra; y despues de algunas salidas y escaramuzas que se hicieron, con la batería abrieron entrada y forzaron algunas torres: dende lo demas de la ciudad se ganó por fuerza á diez y siete de Octubre del año mil y ciento y cuarenta y siete. Veinte mil moros que tomada la ciudad se retiraron al castillo, fueron forzados á comprar sus vidas por dineros. Desta manera se quitó aquel nido de corsarios que ponía espanto á las riberas cercanas y distantes de España, Francia y Italia; que fué la causa principal de apresurar esta empresa. Los despojos se repartieron entre los soldados. Á los ginoveses se dió en premio un plato de esmeralda muy grande, que ellos entónces juzgaron debian preferir á toda la demas presa, y al presente le guardan entre sus tesoros: otros escriben se halló en la Suria cuando por fuerza se tomó Cesarea. El vulgo dice que Cristo, Hijo de Dios, cenó en él la postrera vez con sus discípulos: opinion sin autor ni fundamento. Clemente Alejandrino por lo ménos dice que Cristo cenó en un plato de poca estima. La sazón del tiempo se acercaba al



invierno: los soldados por ende dieron vuelta á sus tierras no ménos alegres por la venganza que tomaron de los moros, que por el interes que de la victoria sacaron.

Con ocasion de aquella armada gruesa que trajeron los ginoveses, en aquel tiempo muy poderosos por el mar, D. Ramon, príncipe de Barcelona, se concertó con ellos que á la vuelta le ayudasen contra los moros que tenian parte de Aragon con las islas Baleares, hoy Mallorca y Menorca. Prometió para más animallos de darles la tercera parte de lo que en la guerra se ganase: demas que en todos los pueblos que se tomasen de los moros, tendrían los ginoveses templo y juzgado aparte: lo que era más, que todos los mercaderes de aquella nacion serian libres de tributos. Eran estas condiciones aventajadas: acordaron de aceptallas; revolviéron sobre las marinas de Cataluña, y con su buena maña ganaron de consuno á Tortosa.

ciudad muy noble, y que por estar asentada á la boca del rio Ebro era muy á propósito para las contrataciones y comercio del mar. Estas cosas sucedieron al año siguiente, y luégo al año adelante Lérida y Fraga vinieron á poder de cristianos: pueblos muy conocidos, el primero por la victoria que antiguamente cerca dél ganó Julio César y por el cerco que sobre él tuvo; el otro por el desastre fresco y muerte desgraciada de D. Alonso, rey de Aragon. Lérida se dió al conde de Urgel en premio de lo mucho que en aquella guerra hizo y trabajó. Á Guillen Perez, obispo de Roda, nombraron por obispo de Lérida con retencion de las ciudades Roda y Barbastro, que ordenaron se comprendiesen en aquella diócesis; y áun se halla que algunos obispos de Lérida en el tiempo adelante se intitulaban obispos de Roda y de Barbastro.

CAPÍTULO LXIX

Cómo la ciudad de Lisbona se ganó de los moros.

Las cosas de los moros iban de caída, las de los cristianos en pujanza, y su nacion en España florecia en riquezas, caballos, armas y toda prosperidad. Á cada paso se apoderaban de nuevos castillos, pueblos y ciudades. Casi en medio de Portugal á la boca del rio Tajo, por do descarga con sus corrientes en el mar Océano, está un puerto contrapuesto al viento de Poniente: la barra tiene angosta y peligrosa, dentro es muy ancho y capaz. Á la ribera deste puerto, á la parte del Norte se extiende grandemente Lisbona, ciudad la más noble y más rica de Portugal. A las espaldas se levantan poco á poco unos collados que tienen la subida fácil, y están cubiertos de los edificios de la ciudad. Su anchura es menor que conforme á su longura: el ruedo de los muros antiguos no es muy grande, la poblacion de los arrabales es mucho mayor, en especial en este tiempo, en que por la mucha gente que acude al trato de las Indias Orientales y á feriar la especiería que de Levante viene todos los años, se ha mucho acrecentado. Los barrios y las calles en gran parte son mal trazadas, angostas y no tiradas á cordel, sea por la desigualdad del sitio que tiene altos y bajos, sea por el descuido en edificar, mayormente en el tiempo que estuvo en poder de moros, gente poco curiosa en esta parte: los edificios nuevos y las

calles son mucho más hermosas. Los ciudadanos, gente principal y honrada, los mercaderes ricos, las ganancias grandes, el sustento y arreo de los naturales muy templado. Goza de campos muy buenos, aldeas y alquerías que tiene por todas partes, muchas quintas ó casas de recreacion que parecen edificios reales.

D. Alonso, rey de Portugal, deseaba por todas estas causas apoderarse de aquella ciudad, y en especial por ser como castillo y reparo del señorío de los moros de aquella comarca. No tenía fuerzas bastantes para salir con su intento: los demas reyes de España no le podían acudir por estar ocupados, unos en unas guerras y otros en otras: convínole buscar ayudas de fuera. Por esto, luégo que ganó la villa de Sintra (como poco ántes se tocó), movido por la comodidad de aquel lugar, convidó á los de Alemania, Inglaterra y Flándes con grandes partidos que les hizo, para que en aquella guerra le acudiesen con sus armadas. Grande es la ayuda que consiste para todo en la amistad de los príncipes, y alianza de las provincias cristianas entre sí, como se vió en este caso, ca por el esfuerzo de D. Alonso y con las ayudas de fuera aquella muy poderosa ciudad el mismo mes puntualmente se ganó que Almería en Andalucía. Las armadas se pusieron á la boca del puerto para que no pudiesen por



el mar entrar vituallas ni socorros á los cercados. Los reales de los naturales barrearón do al presente está el convento de San Vicente; en los de los extranjeros despues se edificó el monasterio de San Francisco: sitios que en nuestra edad están el uno y el otro comprendidos dentro de la ciudad. Hobo muchos encuentros y varios trances. Los nuestros peleaban fuertemente por extender su imperio, los enemigos por las vidas. Batieron los muros de la ciudad por muchas partes: alargábase el cerco; últimamente, el dia de San Crispin y Crispiniano, resueltos de dar asalto general con grande esperanza de forzar aquella ciudad, ordenadas las haces, habló el rey D. Alonso á los suyos desta manera: «No penseis, amigos, que esta empresa se endereza á combatir una sola ciudad, ántes os persuadid que en una plaza tomáis á todo Portugal. Aquí está el dinero de los enemigos, que nos será de grande importancia para la guerra: aquí los trabucos, ingenios y toda suerte de armas. Esta es su fortaleza, su granero, su tesoro, en que tienen recogidas todas sus preseas y almacén. Los enemigos son los mismos que tantas veces vencistes en las guerras pasadas, del mismo esfuerzo y industria, sino que las compañías de ciudadanos son más á propósito para los ejercicios de la paz y para sus granjerías, que para menear las armas; ellos mismos se embarazarán en la pelea: soldados en la ciudad hay pocos, y esos con el cerco continuo de cinco meses, muy cansados y en pequeño número. Atreveos, pues, á vencer, y con el denuedo y esfuerzo á vos acostumbrado, acometed los muros de la ciudad derribados por tantas partes. Entrad por las ruinas y piedras; ninguno podrá hacer contraste á vuestro valor.»

Dicho esto, todos á una voz pidieron la señal de acometer: dada, arremetieron á la ciudad y á las murallas: lo que hacia mucho al caso para inflamar los soldados, el mismo rey

estaba presente como testigo y juez del esfuerzo de cada cual. El combate fué bravo y sangriento: los nuestros pretendian arrimarse á los muros y forzillos; los cercados tiraban todo género de armas y piedras, sin que alguna cayese en balde, por estar tan cerrados los soldados. Por conclusion, quebrantada la puerta que se llama del Alhama, entraron en la ciudad: la matanza fué grande, y la sangre que se deramó; los que se rindieron, tomaron por esclavos: el saco se dió á los soldados, que fué mayor de lo que se pensaba. Consagraron la mezquita mayor, segun era costumbre, y nombraron por obispo á Gilberto, hombre aunque forastero pero de mucha erudicion y conocida virtud. Tomóse la ciudad de Lisboa á veinticinco de Octubre; otros dicen á veintiuno.

En el lugar mismo en que tenian los reales, el rey á sus expensas edificó un monasterio de canónigos reglares de San Agustín, con nombre de San Vicente, por tener particular devocion á este santo, y para que juntamente por el nombre fuese memoria de aquella tan señalada victoria. Gran número de soldados extranjeros se aficionaron á la abundancia de Portugal, y á la hermosura, templanza del aire, que tiene el invierno templado, y el estío, por los continuos embates del mar, no muy caluroso. Éstos, determinados de hacer su morada en aquella provincia, y trocar sus patrias con Portugal, se dice, que por permission del rey D. Alonso, edificaron á Almada, Villaverde, Arruda, Zambuya, Castañeda con otros pueblos. El rey, en prosecucion desta victoria, con increíble felicidad ganó de los moros á Alanquer, Obidos, Ébora, Yelves, Mura, Serpa, Beja y otros pueblos y villas por toda aquella comarca; todo se allanaba y parecia ser fácil á su esfuerzo y valor; verdad es que la mayor parte de estas cosas sucedieron algunos años adelante. Volvamos á nuestro camino, y al orden de la historia que llevamos.

CAPÍTULO LXX

Cómo se halló el cuerpo de San Eugenio.

En el tiempo que estas cosas se hacian en España, Eugenio, pontífice, tercero de este nombre, sucesor de Lucio segundo, natural de Pisa y de la orden del Cistel, gobernaba bien y prudentemente la Iglesia romana. Las cosas de los cristianos en la Tierra Santa parecian empeorarse. Estaba en gran parte apagada y menguada la fortaleza militar de los de Lorena: como algunos animales y semillas, así bien, los ingenios de los hombre; con el cielo y tierra diferentes, y en particular con la longura del tiempo, degeneran y se estragan. Los bárbaros, que por todas partes los cercaban, tenian puestas las cosas de los cristianos en gran aprieto y peligro. Balduino, tercero deste nombre, hijo de Fulcon, rey de Jerusalem, por sus pocas fuerzas y por la flaqueza de su edad, no era suficiente para tan grande carga. El pontífice Eugenio, movido deste peligro, y encendido del amor de la cristiana religion, en Francia, donde para esto fué en persona, no cesaba de animar á los príncipes cristianos, y exhortallos acudiesen con sus fuerzas á la guerra sagrada. Movió al emperador Conrado y á Luis, rey de Francia, para que con muy buenas gentes partiesen camino de la Tierra Santa.

Para salir mejor con su intento y adelantar estas prácticas, convocó concilio de todos los

obispos del mundo para Reims, ciudad principal de Francia, el año mil ciento cuarenta y ocho. Á este concilio partió D. Ramon, arzobispo de Toledo, desde España. Llegado que fué á París, que caia en el mismo camino, por devocion quiso visitar la iglesia de San Dionisio, que está dos leguas francesas de aquella ciudad, en un pueblo del mismo apellido del santo, y por estar en ella las reliquias de San Dionisio es de no menor devocion que celebre con las sepulturas de los reyes de Francia, y asaz embarazada. Allí, como mirase con curiosidad el edificio del templo y su hermosura, y con atencion pusiese la vista en cada una de las cosas que se ofrecian, acaso, ó advertido de los que le acompañaban, consideró en cierta capilla estas palabras grabadas en un mármol:

AQUÍ YACE EUGENIO, MÁRTIR, PRIMER
ARZOBISPO DE TOLEDO.

Maravillóse primero deste letrero, por estar en España perdida del todo la memoria de San Eugenio, y no quedar rastro de cosa tan grande: revolvió diligentemente los libros de aquella iglesia y Memorias antiguas: halló que todo concordaba con la verdad.

Hecho esto, muy alegre con nueva tan buena, paaó al concilio de Rems, el cual despedi-